

La “indiferencia global” ante la muerte de miles de inmigrantes africanos

ABC

La primera visita del Papa Francisco a Italia ha sido, inesperadamente, a su punto más meridional, la pequeña isla de Lampedusa, frente a las costas de Túnez y Libia, para reunirse con “los últimos”, los inmigrantes africanos que llegaron en barcos miserables abarrotados de gente exhausta. Esa misma mañana, pocas horas antes, habían desembarcado 166

Video: [El Papa reza en el mar por los emigrantes clandestinos que no llegaron a tierra](#)

Al reunirse con el primer grupo que le esperaba en el muelle, el Papa tuvo un recuerdo para «los que no están», decenas de millares de personas, en su mayoría jóvenes, que murieron en el intento de llegar a Europa. Eran africanos y refugiados de Oriente Medio que huían de la guerra, los abusos o la miseria. Muchos de ellos, explotados por los traficantes de seres humanos.

Poco después, en la misa celebrada en el campo de fútbol^[1], el Papa reveló que las noticias sobre los naufragios de pateras y la continua acumulación de miles de víctimas le «dolían continuamente como una espina en el corazón. Por eso sentí que tenía que venir hoy aquí a rezar».

Pero no basta con rezar y quedarse quieto. Su intención, dijo, es «despertar nuestras conciencias para que lo sucedido no se repita». Y lo hizo saludando en primer lugar a los inmigrantes musulmanes, que empiezan el ayuno del Ramadán, y dando las gracias «a los voluntarios y las fuerzas de seguridad, que habéis demostrado tanta atención a estas personas que viajan hacia un destino mejor».

El Santo Padre dirigió a los presentes y a toda Europa la pregunta de Dios en el Génesis: «Caín, ¿Dónde está tu hermano?», pues se ha llegado a «toda una cadena de errores que es una cadena de muerte que derrama la sangre del hermano». El Papa insistió en que «no es una pregunta dirigida a otros, sino a mí, a ti, a cada uno de nosotros. Estos hermanos nuestros que intentaban escapar de situaciones difíciles han encontrado la muerte».

Para colmo, nadie se hace responsable. El Santo Padre citó Fuenteovejuna de **Lope de Vega** para plantear «¿Quién mato al Gobernador?, Fuenteovejuna, señor». Se hacen responsables todos y, por lo tanto, ninguno.

“Hemos olvidado la experiencia de llorar”

Del mismo modo, *«nadie se siente responsable»* de la tragedia de las pateras pues, según el Papa, *«la cultura del bienestar nos hace insensibles, nos hace vivir en pompas de jabón, que lleva a la indiferencia respecto a los demás. Que lleva a la globalización de la indiferencia. ¡Hemos caído en la globalización de la indiferencia!»*.

Francisco planteó una pregunta directa: *«¿Quién de nosotros ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas? ¿Por las jóvenes madres que llevaban a sus hijos?»*. En efecto, *«somos una sociedad que ha olvidado la experiencia de llorar»*, que se vuelve indiferente ante la muerte. Por eso invitó a rezar *«para que el Señor limpie los restos de **Herodes** que hay en nuestro corazón»*. Y a pedir perdón por *«quienes se encierran en su propio bienestar, que lleva a la anestesia del corazón. Y por quienes, con sus decisiones a nivel mundial han creado las situaciones que llevan a estos dramas»*.

El Papa se había emocionado ya durante su breve recorrido por mar -desde el aeropuerto hasta el muelle- en la patrullera italiana CP282, que ha rescatado del mar a más de 30.000 personas en ocho años de servicio. Varias zonas del puerto, convertidas en cementerio de barcos miserables, recordaban el inmenso cementerio marino, entre Lampedusa y las playas de Libia, donde reposan decenas de miles de personas que nunca completaron la travesía.

La carta de un inmigrante africano

Uno de los inmigrantes africanos -al Papa no le gusta la expresión “clandestinos”- le entregó una carta en nombre de los demás refugiados y detenidos. El Santo Padre le pidió que la leyera, mientras otro inmigrante iba traduciendo cada párrafo. Al final, una petición: *«Italia tiene ya muchos refugiados. Pedimos a otros países europeos que nos acojan»*.

El recorrido desde el muelle hasta el campo de fútbol en un viejo todoterreno descubierto -los vecinos de Lampedusa están orgullosos de una “visita sin costes”- fue otro momento de emoción. Había mucha gente en el camino y muchas pancartas en las casas, igual que en los barcos que le habían acompañado y hasta en los depósitos de combustible.

Misa sobre un bote de remos

El Papa celebró misa en un altar instalado sobre un bote de remos, el ‘Junior’, que recuerda a la vez a los pescadores y los inmigrantes. Llegó a la plataforma con una cruz procesional de madera

hecha con restos de barcos de inmigrantes, y utilizó un cáliz del mismo material, con revestimiento de plata por dentro, hecho por un artesano de Lampedusa.

El atril estaba construido por dos palas de timón verticales y una rueda de timón. Los toldos para protegerse del sol eran restos de velas. Todo recordaba el trabajo modesto de los vecinos y la tragedia de los africanos, que el Papa trajo a primer plano con una fuerza extraordinaria. Al final, en una plegaria ante la Virgen del Carmen, patrona de los marineros, pidió que *«no haya más esclavitud»*, y la conversión *«de quienes generan guerras»* y *«quienes trafican con el sufrimiento»*. La visita fue intensa y breve. Poco antes de la una, el Papa emprendía el vuelo de regreso a Roma.

Juan Vicente Boo

* * *

News.va

[\[1\]](#) **Texto completo de la homilía del Santo Padre:**

Inmigrantes muertos en el mar, desde esas barcas que en lugar de ser una vía de esperanza han sido una vía de muerte. Así es el título de los periódicos. Cuando hace algunas semanas he conocido esta noticia, que lamentablemente tantas veces se ha repetido, mi pensamiento ha vuelto a esto continuamente como una espina en el corazón que causa sufrimiento.

Y entonces he sentido que debía venir aquí hoy a rezar, a realizar un gesto de cercanía, pero también a despertar nuestras conciencias para que lo que ha sucedido no se repita, no se repita, por favor.

Pero antes, quisiera decir una palabra de sincera gratitud y de aliciente a ustedes, habitantes de Lampedusa y Linosa, a las asociaciones, a los voluntarios y a las fuerzas de seguridad, que han mostrado y muestran atención a las personas en su viaje hacia algo mejor. Ustedes son una pequeña realidad, ¡pero ofrecen un ejemplo de solidaridad!

Gracias también al Arzobispo Mons. Francesco Montenegro, por su ayuda, su trabajo y su cercanía pastoral. Gracias también a la señora Giusy Nicolini, alcaldesa, por lo que hace.

Dirijo un pensamiento a los queridos inmigrantes musulmanes que están comenzando el ayuno de Ramadán, con el deseo de abundantes

frutos espirituales. La Iglesia está cerca de ustedes en la búsqueda de una vida más digna para ustedes y para sus familias. ¡A ustedes *“O’ scia’!”*

Esta mañana, a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, quisiera proponer algunas palabras que, sobre todo, despierten la conciencia de todos, impulsen a reflexionar y a cambiar concretamente ciertas actitudes.

“¿Adán, dónde estás?”: es la primera pregunta que Dios dirige al hombre después del pecado. *“¿Dónde estás?”*. Es un hombre desorientado que ha perdido su lugar en la creación porque cree que puede volverse potente, que puede dominar todo, que puede ser Dios. Y la armonía se rompe, el hombre se equivoca y esto se repite también en la relación con el otro que ya no es el hermano al que hay que amar, sino sencillamente el otro que disturba mi vida, mi bienestar. Y Dios hace la segunda pregunta: *“Caín, ¿dónde está tu hermano?”*. El sueño de ser poderoso, de ser grande como Dios, es más de ser Dios, lleva a una cadena de equivocaciones que es cadena de muerte, ¡conduce a derramar la sangre del hermano!

¡Estas dos preguntas de Dios resuenan también hoy, con toda su fuerza! Muchos de nosotros, también yo me incluyo, estamos desorientados, ya no estamos atentos al mundo en que vivimos, no cuidamos, no custodiamos lo que Dios ha creado para todos y ya no somos capaces ni siquiera de custodiarnos unos a otros. Y cuando esta desorientación adquiere las dimensiones del mundo, se llega a las tragedias como a la que hemos asistido.

“¿Dónde está tu hermano?”, la voz de su sangre grita hasta mí, dice Dios. Esta no es una pregunta dirigida a los demás, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros. Esos hermanos y hermanas nuestros trataban de salir de situaciones difíciles para encontrar un poco de serenidad y de paz; buscaban un lugar mejor para ellos y para sus familias, pero han encontrado la muerte.

¡Cuántas veces aquellos que buscan esto no encuentran comprensión, acogida, solidaridad!

¡Y sus voces suben hasta Dios!

Y una vez más a ustedes, habitantes de Lampedusa les agradezco su solidaridad.

He escuchado recientemente a uno de estos hermanos. Antes de llegar aquí han pasado por las manos de los traficantes. Esos que explotan la pobreza de los demás. Esa gente que hace de la pobreza de

los demás su propia fuente de ganancia. ¡Cuánto han sufrido... y algunos no han logrado llegar!

“¿Dónde está tu hermano?”. ¿Quién es el responsable de esta sangre?

En la literatura española hay una comedia de Lope de Vega que narra cómo los habitantes de la ciudad de Fuenteovejuna matan al Gobernador porque es un tirano, y lo hacen de modo que no se sepa quién ha realizado la ejecución. Y cuando el juez del rey pregunta: *“¿Quién ha asesinado al Gobernador?”*, todos responden: *“Fuenteovejuna, Señor”*. ¡Todos y nadie!

También hoy esta pregunta surge con fuerza: ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Nadie! Todos nosotros respondemos así: *no soy yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente no yo*. Pero Dios pregunta a cada uno de nosotros: *“¿Dónde está la sangre de tu hermano que grita hasta mí?”*

Hoy nadie se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, del que habla Jesús en la parábola del Buen Samaritano: miramos al hermano medio muerto en el borde del camino, quizá pensamos *“pobrecito”*, y continuamos por nuestro camino, no es tarea nuestra; y con esto nos tranquilizamos y nos sentimos bien. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos vuelve insensibles a los gritos de los demás, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bellas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisorio, que lleva a la indiferencia hacia los demás, es más lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos habituado al sufrimiento del otro, no nos concierne, no nos interesa, no es un asunto nuestro!

Vuelve la figura del Innominado de Manzoni. La globalización de la indiferencia nos hace a todos *“innominados”*, responsables sin nombre y sin rostro.

“¿Adán dónde estás?”, *“¿dónde está tu hermano?”*, son las dos preguntas que Dios hace al inicio de la historia de la humanidad y que dirige también a todos los hombres de nuestro tiempo, también a nosotros.

Pero yo querría que nos hiciéramos una tercera pregunta: *“¿Quién de nosotros ha llorado por este hecho y por hechos como éste?”*. ¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas? ¿Quién ha llorado por estas personas que estaban en la barca? ¿Por las jóvenes

mamás que llevaban a sus niños? ¿Por estos hombres que deseaban algo para sostener a sus propias familias?

Somos una sociedad que ha olvidado la experiencia del llorar, del *“padecer con”*: ¡la globalización de la indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar!

En el Evangelio hemos escuchado el grito, el llanto, el gran lamento: *“Raquel llora a sus hijos... porque ya no están”*. Herodes ha sembrado muerte para defender su propio bienestar, su propia pompa de jabón. Y esto sigue repitiéndose... Pidamos al Señor que borre lo que queda de Herodes también en nuestro corazón; pidamos al Señor la gracia de llorar sobre nuestra indiferencia, sobre la crueldad que hay en el mundo, en nosotros, también en aquellos que en el anonimato toman decisiones socio-económicas que abren el camino a dramas como este. ¿Quién ha llorado? ¿Quién ha llorado? ¿Quién ha llorado hoy en el mundo?”

Señor, en esta Liturgia, que es una Liturgia de penitencia, pedimos perdón por la indiferencia hacia tantos hermanos y hermanas, te pedimos, Padre, perdón por quien se ha acomodado, se ha encerrado en su propio bienestar que lleva a la anestesia del corazón, te pedimos perdón por aquellos que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que conducen a estos dramas. ¡Perdón Señor!

Señor, que escuchemos también hoy tus preguntas: *“¿Adán, dónde estás?”, “¿dónde está la sangre de tu hermano?”*